

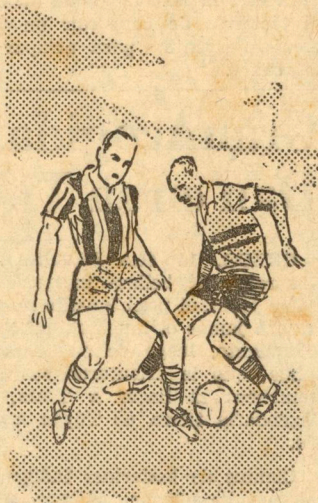
# Fútbol y Discriminación Racial

por Sebastián Salazar Bondy

Al dirigente futbolístico brasileño, señor Pedro Nunes, no se le ha ocurrido otra cosa mejor que concertar un partido entre un equipo formado por los jugadores negros del Alianza Lima y el Flamengo de Río y otro de blancos integrado con los de los equipos argentinos River Plate y San Lorenzo, próximos a visitarlos. Es decir, el promotor carioca ha tenido la peregrina idea de realizar en el Estadio Nacional una especie de gran fiesta de la discriminación racial, en la cual la competencia deportiva quede convertida en una multitudinaria expresión de las diferencias de color. Llama la atención que un ciudadano del Brasil, país en donde la segregación afortunadamente no ha tenido nunca lugar, lance una iniciativa semejante, en la que va implícita, de algún modo, la separación de las personas por factores externos, lo cual hiere la dignidad humana y, además, adultera el sentido esencial del deporte. Es de esperar que el proyecto no prospere y que el señor Nunes reflexione sobre el sentido negativo del "match" que se ha propuesto realizar.

Bastante absurdo resulta ya —y ello se ha dicho en reiteradas oportunidades— que el honor de un país, de una institución, de un grupo cualquiera, se ponga en la camiseta de los futbolistas, y que a la postre la emulación que se efectúa en el campo por los jugadores de dos "teams" se transforme en una especie de sustituto sintético de la guerra. De ahí que en los

campeonatos internacionales se tienda a reducir los representativos de cada nacionalidad a selecciones de las entidades y ligas deportivas que los rigen. Porque el objetivo de la confraternidad ha quedado muchas veces roto por un apasionamiento que rebasa el hecho gratuito de



los partidos de esos certámenes, elevados a la categoría de cotejos en los que se intenta determinar falsamente la superioridad de una bandera sobre otra, de un pueblo sobre otro. Si esto ha sido considerado malsano, ¿cómo no lo ha de ser el proyecto del señor Nunes, en el que a la divisa peruano-brasileña se quiere añadir el marbete de negra y a la argentina el de blanca? No agitemos resentimientos ocultos, rencores reprimidos,

fuerzas negativas soterradas, con un espectáculo que como el fútbol precisamente ha tenido la virtud, en nuestro continente, de unir las razas en una solidaridad espontánea y generosa.

Felizmente en América Latina, no obstante la variedad étnica, la discriminación racial no ha sido jamás un problema grave. La integración se ha llevado a cabo (y entre nosotros, en el Perú, se halla en pleno curso) sin grandes conflictos, y uno de nuestros orgullos —de nuestros pocos orgullos— es verificar a cada paso cómo día a día nuestro destino universalista se cumple con la lenta y fraternal conjugación de gentes de origen diferente y hasta contrario. Si hay un resquemor, su carácter es pasajero y el tiempo lo borra sin mayor escándalo. Nuestra esperanza reside, pues, en que indio, blanco, negro, amarillo o cobrizo, el hombre americano se defina por la elección de un ideario y una tarea social, más allá de los prejuicios que en otras latitudes del mundo fracturan la unidad nacional, desatan tremendos conflictos y amenazan la vida misma de la colectividad.

La vieja rivalidad que en nuestra ciudad tienen equipos como el Alianza Lima y el Universitario de Deportes no es, ni ha sido jamás, una rivalidad racial. La prueba es que entre la hinchada de los primeros hay muchos blancos, y viceversa, lo que sucede igualmente con la composición de los equipos. Hasta lo que el cronista sabe, en el Brasil ocurre otro tanto. ¿A qué viene, pues, espigar de los cuadros los futbolistas con un criterio epitelial? ¿No es acaso la calidad lo que el público va a ver sobre el césped de cualquier estadio? ¿Cuál es, a la postre, el objeto de enfrentar los pigmentos de la piel en vez de la eficacia atlética? No podrá contestar el señor Nunes, cuyo plan sólo se explica por una ligereza que estará dispuesto a enmendar, estas y otras preguntas que se le ocurren al cronista a raíz de dicha curiosa y poco atinada iniciativa. Toda discriminación es intolerable, se produzca donde se produjere, pero su trascendencia será mayor con relación al escenario en que se cumpla, y el Estadio Nacional no es el lugar donde menos mal hará tamaño error.